

BASICS 16

La presencia del Mal en el mundo

El mal es un problema muy real en este mundo de tiempo y espacio. Las fuerzas del mal existen y hay que combatirlas con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, el Poder del que proceden todas las cosas y todas las entidades es benéfico. El amor es su radiación. En él no hay mal ni dolor. Estos solo surgen en los niveles inferiores de separación y diferenciación.

Si las fuerzas de la evolución o las leyes de la naturaleza, como expresión de la Mente-Mundo, han evocado la Idea-Mundo y, con ella, las posibilidades del mal, debemos aceptar sin vacilar la conclusión lógica. Esta es que la Mente-Mundo permite sin duda la presencia del Mal, lo admite y no obstaculiza su realidad. No obstante, siempre debemos acompañar esta admisión con la verdad igual de importante y consustancial de que existe un resultado superior derivado de la acción del mal, un propósito más noble en su realidad. A través de las operaciones de la ley de la recompensa y las presiones de la evolución divina, el mal se transmuta en bien. ¡Al final, al mal no le queda otro remedio que transformarse en bien!

"Vemos lo que parece ser el mal campando a sus anchas en el mundo, sobre todo en este siglo, pero no es el mal absoluto. Está destinado a desintegrarse y desaparecer. ¿Cómo puedes estar tan seguro? Porque si el ser humano madura, llega a la verdad. Si no lo hace, pierde su humanidad durante un tiempo. Su mal se va con él. El ser humano que vive en la verdad vive en una luz etérea, en una paz hermosa, aunque haya sombras. Ve en niveles más profundos donde el mal no puede penetrar y donde los sentidos de los seres humanos no evolucionados no pueden llegar. Si no eres capaz de conocer las grandes verdades por ti mismo, entonces cree en ellas.

"

En cuanto un ser limita sus intereses y su bienestar exclusivamente a sí mismo, entra inevitablemente en conflicto con otros seres. Así pues, el mal tiene su origen en la ignorancia de ese primer ser, y no en la existencia de un principio absoluto y eterno del mal.

No ver el mundo tal y como es, con toda su depravación y malicia, es ser un necio, aunque uno sea también un santo. El filósofo, al igual que el común de los mortales, ve la cruel realidad, pero, a diferencia de este, no se deja manchar por ella. Es más, también ve la bondad y la aspiración y, lo que es más importante, la Idea-Mundo.

El mal es algo con lo que el ser humano se encuentra en su camino hacia el Bien. Las malas acciones son lo que manifiesta cuando aún está lejos de su destino.

El mal está sin duda presente, es evidente a simple vista y resulta desagradable de experimentar; pero no es del todo, ni únicamente, lo que parece. En realidad, es una apariencia, y es compatible con la fuente benigna del bien.

¿Por qué la historia es un registro de guerras, opresiones, explotaciones, invasiones y persecuciones? ¿Por qué todos los salvadores, avatares, profetas y santos solo han tenido éxito con individuos concretos aquí y allá, y no con la mayoría de los seres humanos? ¿Acaso el sueño religioso de la bondad universal no es más que un sueño? Ignorar la doble polaridad de la existencia, el yin y el yang del universo, el yo-sombra del ser humano, no es una ayuda, sino un autoengaño. Solo fuera de la religión, en el ámbito filosófico del ser último, lo Único, lo Real, donde el mundo entero queda excluido, podemos hablar de una consciencia libre de fricciones, y solo en la meditación más profunda podemos compartirla. Aunque la experiencia es temporal, la paz que encierra supera tanto el entendimiento que «el reino de los cielos» es su nombre más adecuado. Aquí, sin duda, se eleva el Bien a su grado más alto. Aquí se demuestra que la maldad humana no es más que privación del bien.

Lo que puede ser cierto en el plano último —la inexistencia del mal, la realidad del Bien, de lo Verdadero y de lo Bello— se convierte en falso en el plano de la dualidad. Aquí, las dos fuerzas opuestas sí existen y mantienen al mundo bajo su dominio. Negar el mal relativo en este contexto equivale a confundir los distintos planos del ser.

El mal aparece solo cuando una entidad se extravía en los delirios de separatividad y materialismo, y por consiguiente entra en conflicto con otras entidades. No existe un principio supremo y eterno del mal; pero existen las fuerzas del mal, entidades invisibles que se han extraviado tanto y son tan poderosas en sí mismas que trabajan contra la bondad, la verdad y la justicia. Pero la naturaleza misma de tales entidades está condenada a la destrucción final, y aún su trabajo de oposición, finalmente, es utilizado para el bien y se convierte en la resistencia contra la cual

la evolución prueba sus propios logros, la piedra de afilar contra la cual la inteligencia del ser humano se agudiza, el espejo en el que se muestran sus defectos.

La naturaleza inferior es incurablemente hostil a la naturaleza superior. Prefiere sus placeres fugaces con las miserias que los acompañan, al igual que sus repugnantes pecados con sus consecuencias dolorosas, porque esto le da una sensación de vida.

Todo y todos tenemos un lado negativo. Uno podría pasar toda una vida buscándolo y encontrándolo. Uno podría pasar el tiempo quejándose, criticando, despotricando y odiando. Pero también existe el lado positivo y opuesto. La actitud filosófica busca más a fondo, mantiene la calma, pues encuentra el equilibrio en otro plano.

El mal puede adoptar cualquier forma, incluso la del gurú, la de la búsqueda y la del discípulo.

Hace algunos años, alguien me preguntó: «¿Y qué hay del mal absoluto?». La respuesta es la siguiente: con Confucio decimos que el pecado se debe a la ignorancia, y con Pitágoras, que el mal se debe a la ausencia del bien. La ignorancia conduce al egoísmo, y la ignorancia extrema conduce al egoísmo extremo, lo que a su vez conduce al mal extremo. Ahora bien, todas estas son condiciones relativas y desaparecen con el tiempo, a medida que la persona aprende sus lecciones a través de una serie de experiencias y corrige sus errores durante las reencarnaciones. No puede haber un mal absoluto porque solo hay un Poder Absoluto, un Dios, un Ser Supremo; y es este el que inspira la bondad más elevada conocida por el ser humano cuando descubre su presencia, a través del Yo Superior, en su corazón. Solo en ese sentido dije que existía un bien absoluto. Los pares de opuestos solo existen en el mundo finito, relativo y limitado. No hay ningún opuesto al Poder Supremo en el mundo atemporal e infinito, ningún Satanás con el que Dios esté en conflicto eterno. Pero, en su propio nivel, la Mente no conoce ni el bien ni el mal. Solo existe la ESENCIA, «Lo que ES».

Cuando el bien está ausente, el mal está presente. El cínico que niega la existencia del bien, el soñador que niega la existencia del mal: ambos ignoran la otra mitad de la vida, tal y como se pone de manifiesto en la historia y en el mundo que les rodea.

Un ser humano culto, dotado de sentido estético y sensibilidad, puede encontrar mucho de bello en la naturaleza y el arte; y si además es un idealista moral, encontrará mucho de bueno y virtuoso en la vida y la experiencia humanas.

Pero sería incompleto quedarse ahí e ignorar el hecho de que a nuestro alrededor también hay mucho de lo contrario, hay mucha bajeza, oscuridad e incluso maldad. Ambas caras juntas conforman una visión completa. Pero solo los místicos y los filósofos pueden ver —pues requiere una penetración más profunda de la que pueden proporcionar el intelecto y los sentidos— que el lado oscuro se refiere al mundo de las apariencias, un mundo fugaz y efímero, mientras que el lado bueno y el lado bello constituyen meramente una insinuación de ese otro mundo más cercano a la Realidad.

La filosofía no está de acuerdo con la doctrina de que el ser humano pueda hundirse en el olvido de forma permanente. Si la naturaleza fundamental del ser humano, por muy oculta que esté, es esencialmente inmaterial y de la misma esencia que la divinidad, ¿a dónde puede volver sino a esa misma divinidad? El misterio del mal es quizás el más profundo de todos, pero no puede entenderse a través de puntos de vista superficiales. El mal está estrechamente relacionado con el sufrimiento y este, a su vez, con el karma, que a su vez es una expresión del yo fundamental. Todo ello constituye un proceso educativo del que nadie puede escapar —ni siquiera el propio Satanás, si es que existiera un demonio tan personal, cosa que la filosofía no admite, aunque sí existan espíritus malignos, seres malignos y seres humanos malvados—. Todos se salvarán porque, desde el punto de vista atemporal, ya están salvados. La gran masa de la humanidad se mueve en la dirección correcta, a pesar de las apariencias que muestran lo contrario, y todos entraremos en el reino de los cielos algún día. No dudes nunca de eso; la garantía es que en nuestro ser más profundo ya somos divinos.

Ningún ser humano queda fuera del alcance de la redención, pues ningún ser humano es completamente malvado.

El problema del mal debe considerarse a la luz de diversos factores. Uno de ellos es el punto de vista; lo que para uno es malo, para otro es bueno. Otro es el karma; el individuo tiene suficiente libertad para echarse a perder, pero tiene que sufrir las consecuencias de sus actos. Luego está la cuestión del renacimiento. Parece imposible que los seres humanos renazcan como animales, pero la Naturaleza ha previsto algo al respecto. Por último, hay que considerar el valor ético del sufrimiento. Pero lo más importante de todo son las cuestiones relativas a la naturaleza de Dios, Su relación con el universo y con la humanidad, y el propósito, si es que existe alguno, que se está llevando a cabo.

Cuando un ser humano comete un acto de violencia y destrucción contra otros seres humanos, se le denuncia y se le castiga como a un delincuente. Pero cuando la madre naturaleza comete un acto así y mutila o mata a una multitud

de personas, no se denuncia a Dios. Más bien, los poetas y los sacerdotes buscan alguna excusa, encuentran alguna buena intención oculta, pues hay que salvaguardar la reputación de bondad de Dios.

Aceptar a Dios como el origen de este universo, pero rechazar a Dios como el origen de aquellas cosas que hay en el universo y que nos desagradan, es negar a Dios. Como a los seres humanos nos desagradan el mal y el sufrimiento, los separamos de Dios. Pero al hacerlo, nos separamos de Dios.

Lo bueno y lo malo forman parte del panorama del mundo, aunque sus proporciones varían a medida que gira la rueda del tiempo.

La función de esas fuerzas, entornos o personas opuestas es obligar a cada persona a lidiar con ellos adecuadamente o, de lo contrario, sufrir las consecuencias.

Solo una persona totalmente ajena a la realidad o totalmente teórica negaría la existencia del Mal, pero solo alguien poco informado no se daría cuenta de que la duración y el poder del Mal son limitados.

Espero que no se me malinterprete al decir que vi claramente cómo la expresión física del mal es un requisito previo necesario para la redención espiritual del mal. Porque lo que hace el malhechor no es, al fin y al cabo, más que el resultado de lo que piensa. Si la realización de acciones erróneas le acarrearán, según la ley superior de la retribución, en última instancia las consecuencias punitivas físicas de dichas acciones, también le acarrearán —y, de nuevo, en última instancia— la idea de que ambas cosas están indisolublemente unidas. Este es un paso —hay que reconocer que solo un primer paso— hacia ese arrepentimiento y esa purificación que hacen posible la redención.

La idea de que el Poder de Dios está enzarzado en una lucha desesperada contra un poder maligno, de que Dios recurre a los seres humanos para que le presten su ayuda y de que el resultado de esta contienda depende, en cierta medida, de dicha ayuda... esa idea es ridícula.

Mi experiencia de vida y la observación de los demás me han enseñado que no hay ninguna situación en la que el bien esté presente por sí solo, sin algún mal que lo acompañe. Buscar el bien en estado puro es utópico, poco realista y un autoengaño.

Hay que reconocer y afrontar la terrible realidad del mal innato, el espantoso misterio de la pecaminosidad innata. No podemos convertir a los seres humanos de naturaleza maliciosa en personas bondadosas, pero la Naturaleza, la Vida, con millones de años a su disposición, sí puede hacerlo.

El mal surge allí donde el bien aún no ha salido de su estado latente, aunque a veces es una distorsión del bien.

Entenderemos mejor este problema cuando comprendamos que la presencia del bien y del mal en el universo no supone una división de poder, sino una división de pensamiento.

El pensamiento es la causa; y el pensamiento es la cura.

Satanás puede hacerse pasar por un ángel de luz. Hay maestros del mal que ocultan su verdadero objetivo tras una apariencia de fines altruistas.

El mal en las relaciones humanas tiene su origen en la ignorancia de los seres humanos. A medida que cada uno incorpora el principio de la verdad en su propia consciencia, lo traslada, en consecuencia, a su relación con los demás. El amor que lo acompaña impide que surjan la crueldad, la ira y la lujuria, o disipa cualquier rastro de ellas que ya exista.

Aunque es totalmente cierto que la bondad divina se encuentra en el corazón de las cosas, no es menos cierto que el mal demoníaco está en la superficie de las mismas. Los seguidores de cultos simplistas que se empeñan en ver solo la bondad y no el mal, que niegan la realidad tal y como es y se entregan a ilusiones, solo pueden culparse a sí mismos y a sus líderes cuando el desastre les haga darse cuenta de los errores del camino que están siguiendo. Harían mejor en espabilarse, mientras aún hay tiempo, para mantener una actitud firmemente equilibrada, sin inclinarse excesivamente hacia un lado ni hacia el otro, pero recordando siempre que la experiencia suprafísica entre las encarnaciones es marcadamente buena y libre de maldad, en contraste con la experiencia del plano físico.

No insultemos la razón humana negando la maldad del ser humano.

Los grandes males (erróneamente denominados «males») de la vida corporal, como la enfermedad y la pobreza, a menudo nos son impuestos por un destino implacable. Pero sería un error clasificarlos siempre junto a los grandes males de la vida mental, como el odio y la crueldad. Y es que, con frecuencia, nuestro control sobre ellos escapa a

nuestro poder, y puede que tengamos que soportar su curso; en cambio, los pensamientos pecaminosos y las acciones que de ellos se derivan no escapan a nuestro control y pueden evitarse.

Cuando los principios, las teorías o los conceptos correctos caen en manos de las personas equivocadas, se convierten ellos mismos en erróneos, al ser mal utilizados, falsificados o tergiversados.

El sufrimiento no siempre es un mal. A menudo resulta educativo. Se observa entonces que todo mal surge de la separación, que es una etapa inevitable para todas las criaturas a medida que siguen el camino del desarrollo. El mal es, por lo tanto, el elemento adverso de la Naturaleza. El ser humano puede vencerlo en su mente venciendo la separación y dándose cuenta de que el Todo es él mismo. Al mismo tiempo, descubre que toda la creación es en realidad de naturaleza mental, por lo que es similar a un sueño, aunque no es lo mismo; y si se mantiene despierto a la Realidad Estática mientras se encuentra en medio del sueño terrenal, el mundo entero se convierte simplemente en una escuela para educar la consciencia. Entonces, el sufrimiento, el mal y aspectos similares son meramente aspectos transitorios que dejan resultados permanentes.

Aquellos que, por ignorancia, creen que Dios necesita su ayuda para garantizar su triunfo sobre el mal en este mundo, aún tienen que aprender que ese triunfo ya se ha logrado de forma eterna. No existe ningún ser humano capaz de influir en esta situación, ya sea ayudándola u obstaculizándola.

Es una idea inquietante la que sostiene que la bondad del ser humano rara vez llega a manifestarse sin la presencia de la maldad del ser humano y sin la lucha contra ella.

Si en lugar de preguntarse ¿Qué es el bien y qué es el mal?, los seres humanos se preguntaran ¿Cuál es el Bien Supremo?, la primera pregunta se respondería automáticamente y, como quiera que sea, reinaría la paz.

Pero el hecho de que afirmemos que, al final, las fuerzas del mal se destruirán a sí mismas no debe interpretarse erróneamente como que podamos quedarnos de brazos cruzados con aire de complacencia. No debemos utilizar esto como excusa para la inacción. Al contrario, debería inspirarnos a redoblar nuestros esfuerzos para proteger de sus ataques las cosas más nobles de la vida.

Puede que Burke haya exagerado al aplicar su juicio a todos los casos, pero su afirmación sigue teniendo mucho fundamento cuando declaró: «Para que triunfe el mal, basta con que las personas de bien no hagan nada».

El mal que parece existir cuando se observan los acontecimientos por primera vez, tal vez desaparezca al observarlos por segunda vez. Esto se debe a que, en el orden de la Vida Universal, existe una rectitud suprema. Lo que ocurre hoy en el mundo, o lo que ocurrirá mañana, no sucederá al margen del conocimiento divino y, por lo tanto, no escapará al poder de las leyes divinas.

La influencia de las fuerzas del mal

Es cierto que las fuerzas del mal existen, pero no es cierto que existan en el nivel más elevado. Quien alcanza una comprensión intuitiva de lo supremo las ve ausentes.

Es un error creer que un discípulo deba relacionarse necesariamente con los demás discípulos del mismo maestro. Los discípulos solo deben relacionarse entre sí cuando exista una verdadera armonía de temperamentos y afinidad personal. Cuando estas faltan, es mucho más sensato y seguro no hacerlo. Porque entonces las fuerzas del mal aprovechan la oportunidad para generar desarmonía, disputas, resentimiento y cosas aún peores. Esto perjudica el progreso de ambos.

Si uno no puede llevarse bien con ciertos estudiantes, debe desearles lo mejor y seguir su propio camino. Nunca debe dejarse arrastrar a discusiones, pues entonces las fuerzas del mal se ponen en marcha.

El pacifismo es una consecuencia natural e inevitable de la visión monacal y mística de la vida. Los monjes pueden perfectamente someterse al martirio, pero los filósofos deben resistir las fuerzas del mal, e incluso luchar contra ellas hasta el final.

Quienes han sido testigos de las espantosas consecuencias de la adicción a las drogas quizá no sepan que, llegado un momento dado, el adicto puede verse envuelto con gran facilidad en lo que se conoce como «magia negra». Se trata de un camino prohibido que busca alcanzar un nivel espiritual superior por medios erróneos, por medios prohibidos, y que, al final, lleva al individuo a perder su propia alma y a convertirse en esclavo de las fuerzas del mal.

Las fuerzas del mal han provocado acontecimientos nefastos y crisis provocadoras, y se han esforzado por conseguir que las masas reaccionen ante ellos de forma perversa.

Allí donde se venera el cuerpo físico como única realidad y se convierte en la única base para la reforma social y política, allí donde seres humanos movidos por el odio defienden la violencia física como único medio para lograr el progreso, tengamos por seguro que estamos ante la presencia de fuerzas malignas, peligros para la sociedad, oponentes ignorantes de la verdad y enemigos de la Luz.

Aunque la guerra en sí misma está llena de horrores, no hay que olvidar que tiene una cara positiva. En cierto modo, actúa como la antigua práctica quirúrgica de la extracción de sangre. Toda la escoria moral del carácter humano sale a la superficie, concentrada sobre todo entre los gánsteres totalitarios, pero sale a la luz únicamente para que se vea tal y como es y pueda ser eliminada. Los sufrimientos de la humanidad tienen un valor educativo y tienden a corregir los pecados y excesos de la humanidad. La tendencia última de las fuerzas del mal es destruirse a sí mismas desde dentro, además de sufrir la destrucción desde fuera a través de la misteriosa acción del karma. El materialismo alcanza su culminación definitiva en las crisis sociales y personales generadas por la guerra. Al mostrar sus propios horribles resultados ante los propios ojos de la humanidad, está, por reacción, despertando muchas mentalidades adormecidas a la necesidad de una perspectiva espiritual.

Las fuerzas malignas que actúan a través de los médiums son lo suficientemente astutas como para no revelar de golpe sus verdaderos objetivos finales. Estos solo se hacen evidentes para el observador por etapas sucesivas, de forma gradual. Quien haya estudiado críticamente los métodos de los espíritus malignos sabrá que, en primer lugar, atraen a sus víctimas mediúnicas o al público crédulo por el camino del autodaño o incluso de la autodestrucción, ganándose su confianza con una serie de predicciones acertadas o intervenciones favorables. Cuando esta confianza está bien afianzada, estas fuerzas oscuras revelan entonces su verdadera intención persuadiendo a sus víctimas, mediante mentiras colosales o predicciones falsas, para que cometan un acto definitivo en el que todo se juega en una sola tirada. Los infelices engañados pierden invariablemente esta última tirada y se ven entonces abrumados por un desastre devastador.

Cuando hay un odio feroz o una crueldad monstruosa, ten por seguro que también hay fuerzas del mal presentes. La brutalidad y la crueldad están especialmente relacionadas con la mente y las acciones de aquellas personas que se dejan llevar por fuerzas malignas, ya sean físicas o psíquicas.

La verdad tergiversada para servir a fines mezquinos o incluso a las fuerzas del mal debe ser examinada minuciosamente, analizada y, por último, corregida o rechazada.

Debes recordar que te encontrarás con personas que son portadoras de fuerzas antagónicas, instrumentos de la oscuridad —a veces de forma consciente, pero sobre todo de forma inconsciente—, personas utilizadas por las fuerzas del mal. En la medida de lo posible, debes evitar a este tipo de personas. Desde luego, nunca entables una relación íntima con ellas, ya sea de carácter profesional o personal. Si lo haces, descubrirás que, tarde o temprano, parte de su desafortunado karma recaerá sobre ti y tendrás que sufrir con ellas. Estas personas se oponen a tu Búsqueda y a todo lo que esta representa, aunque puedan hablar como creyentes en lo espiritual; de hecho, a menudo pertenecen a una secta u otra. Pero no comprenden la verdad ni la viven. No pueden ayudarte y tú no eres lo suficientemente fuerte como para cargar con ellas. Así que déjalas en paz. Y eso no siempre es fácil, porque a menudo son personas de ese tipo que se imponen en tu vida. A veces puedes reconocerlas por este rasgo característico, por esa forma agresiva con la que intentan enredarte. En ocasiones, puede que incluso sea necesario tratar a este tipo de personas con mano firme, incluso sin piedad y sin tregua. Si es así, no lo dudes, pero hazlo sin ningún tipo de sentimiento personal.

Muchas personas sensibles sufren al ser conscientes del trágico sufrimiento de la humanidad. Pero deben darse cuenta de que la vida sigue estando en manos de Dios y, sin duda, seguirá estándolo. El punto de vista humano solo percibe una pequeña parte del panorama completo. El amor de Dios es mayor de lo que el nuestro ha demostrado ser hasta ahora, y es infinitamente más sabio. A pesar de la actividad de las fuerzas del mal y de los horrores del panorama actual, este sigue siendo, no obstante, un hecho indiscutible.

El aspirante que es sincero pero está mal informado se encuentra siempre en una posición menos segura que aquel que está bien informado. Esto no se debe únicamente a que «el conocimiento es poder», como dijo en su día un antiguo pensador, sino a que hay que enfrentarse a la oposición de las fuerzas del mal para poder dominarlas.

Cuidado con aquellas concentraciones en las que movimientos incontrolados de la cabeza, las extremidades y el tronco hacen que la multitud se balancee, donde se oyen voces extrañas y se dan rienda suelta a sentimientos descontrolados. Allí no hay nada sagrado; al contrario, hay que sospechar de la presencia de fuerzas malignas.

El mejor consejo práctico para los principiantes, e incluso para muchos que se consideran expertos, es una advertencia. Por muy solemne que parezca el mensaje, por muy inspirado que parezca el estado de ánimo que lo

acompaña, que no crean de forma automática y sin cuestionarlo que el Señor les está hablando. Si objetan que, sin duda, en un momento como el de la oración sagrada o la meditación edificante, el Señor no permitiría que las fuerzas del mal los engañaran, la respuesta es que la forma de plantear esta cuestión es errónea. Son ellos, y no necesariamente las fuerzas del mal, quienes se engañan a sí mismos.

Henry Suso se ganó una reputación de sabiduría mística y piedad ascética al permanecer recluso en un monasterio durante veinte años. La perdió en menos de la mitad de ese tiempo, cuando salió al mundo exterior para vivir y actuar en él. Allí se encontraba, en efecto, el campo de pruebas que pondría a prueba sus verdaderos logros, así como las fuerzas del mal que acabarían con la buena obra de un hombre como él.

Es cierto que hay que respetar las diferencias entre los distintos grados evolutivos. Es cierto que la mayoría de la gente es, espiritualmente, como niños. Pero también es cierto que a los niños se les puede enseñar algo y guiarlos unos pasos más allá, por muy básico que sea su nivel. Además, vivimos en una época en la que las viejas fuerzas del mal están tan activas precisamente porque sienten la aproximación de nuevas y buenas energías.

Quienes tienen inclinaciones místicas y se enorgullecen de su carácter contrario a la racionalidad y su poca practicidad pueden hacer de «niños intelectuales» y «novatos en los asuntos del mundo» si así lo desean. Pero quienes tienen inclinaciones filosóficas, al darse cuenta de que viven en una época en la que las fuerzas del mal contra las que deben luchar han alcanzado una intensidad sin precedentes y han revelado la astucia más diabólica, comprenden que no pueden permitirse ese lujo. En consecuencia, cultivarán toda la astucia práctica, la inteligencia crítica, la capacidad de observación y el estado de alerta que sean capaces de reunir.

Quien haya alcanzado este bendito estado de consciencia elevado no sería fiel a sí mismo si no se sintiera profundamente feliz de compartirlo con los demás, si no estuviera siempre dispuesto a ayudarles a alcanzarlo también. Y este deseo se extiende universalmente a todos sin excepción. No excluye a nadie —¿cómo podría hacerlo si la compasión que siente fuera auténtica, fruto de la unidad consciente del Yo Superior, es decir, del yo crístico, y no meramente una máscara emocional pasajera! Él mismo podría haber escrito esas nobles palabras que San Pablo escribió más de una vez en sus epístolas: «En Él no hay judío ni griego, ni bárbaro ni escita, sino que todos son uno en Cristo Jesús». A pesar de ello, pronto descubre que le han puesto grilletes de hierro en los pies. Descubre, en primer lugar, que solo los pocos que son ellos mismos buscadores muestran algún interés; en segundo lugar, que incluso entre este pequeño número hay quienes, debido a aversiones personales, prejuicios raciales, esnobismo social o antagonismo familiar, no están dispuestos a acercarse a él; y en tercer lugar, que las fuerzas maliciosas de las esferas ocultas, mediante informaciones falsas y malicia instigada, engañan a una parte de los que quedan para que se formen una imagen mental negativa de él que no se corresponde en absoluto con la realidad. Y es que, cuando un ser humano así comienza realmente a convertirse en un colaborador eficaz de esta causa sagrada, las fuerzas malignas inician sus esfuerzos por derribarlo y, de este modo, detenerlo. Pueden inspirar en instrumentos humanos una feroz envidia u odio personal hacia él, o pueden intentar otros métodos. La tarea de estas fuerzas del mal consiste en destruir el poco bien que ha hecho o en impedir cualquier bien que aún pueda hacer. Es un hecho lamentable, pero histórico, que más de un aspirante se deje llevar por las falsas sugerencias que emanan de tales fuentes envenenadas.